

CAPÍTULO XXIII.

CONQUISTA DE NAVARRA.

1512—1513.

Reyes de Navarra.—Fernando solicita que concedan paso á sus tropas por el territorio de Navarra.—Invasión y conquista de Navarra.—Tratado de Orthez.—Fernando afianza su conquista.—Exámen de su conducta.—Grande abuso de la victoria.



N tanto que los españoles estaban llenándose de estériles laureles en los campos de Italia, el rey D. Fernando adquiría un territorio muy importante contiguo á sus dominios. El lector sabe la manera con que el cetro ensangrentado de Navarra pasó de manos de D.^a Leonor, hermana de Fernando, despues de un reinado de pocos dias, á las de su nieto Febo. Desde entonces parece que presidió una estrella fatal sobre la casa de Foix; y el último de aquellos príncipes solo tuvo cuatro años de vida para gozar de su corona, despues de lo cual le sucedió su hermana D.^a Catalina.

No era de esperar que D. Fernando y D.^a Isabel, que tan atentos estaban á ensanchar su imperio por todo el ámbito geográfico que parecia haberle señalado la naturaleza, perdieran aquella ocasion que se les presentaba de incorporar en su monarquía el reino, hasta entonces independiente, de Navarra, procurando casar á su heredero con aquella soberana. Pero todos sus esfuerzos eran frustrados por la reina madre, Magdalena, hermana de Luis XI, que sacrificando los intereses de la nacion á sus preocupaciones particulares, eludió con varios pretextos el propuesto casamiento, y finalmente llevó

CAP. XXIII.
Reyes de Navarra.

1479.

1483.

PARTE II. á cabo el enlace entre su hija y un noble frances, por nombre Juan de Albret, heredero de estados importantes que caian á las inmediaciones de Navarra. Fué esto un error funestísimo. Hasta entonces, la independencia de Navarra se habia sostenido mas que por sus propias fuerzas por la debilidad de sus vecinos; pero en un tiempo en que ya los pequeños estados que la rodeaban, se habian reunido en dos grandes y poderosas monarquías, no se podia esperar que tan débil barrera se respetara por muchos años, ó que no fuera arrollada en el primer choque de aquellas potencias formidables. Mas, dado que se debiera perder la independencia del reino, los príncipes de Navarra podian conservar todavía su regio carácter, enlazándose con la familia reinante de Francia ó de España. Por el casamiento que se hizo con un individuo particular perdian entrambas cosas ¹.

Recelos de España. Todavía se conservaron por bastante tiempo las relaciones mas amistosas entre el Rey Católico y su sobrina. Durante la vida de Isabel, los reyes de España la ayudaron á tomar posesion de sus turbulentos estados, y á extinguir los odios y parcialidades mortales de los biomonteses y agramonteses, que tenian dividido el país. También la favorecieron con sus armas parár resistir á su tío Juan, vizconde de Narbona, que pretendia la corona bajo el falso pretesto de que solo podian suceder en ella los varones ². Y todavía se estrechó mas su alianza con España, desde que se supo que Luis XII trataba de apoyar á su sobrino Gaston de Foix en sus pretensiones á la corona de Navarra, que fundaba en el derecho de su difunto padre ³. Pero muerto aquel jóven héroe en la batalla de Ravena, cambiaron enteramente de aspecto las relaciones y sentimientos de los dos países. Navarra no tenia que temer inmediatamente de Francia, y desconfiaba por mas de un motivo de la corte de España, en especial por la proteccion que concedia á los biomonteses desterrados, á cuya cabeza estaba el jóven conde de Lerin, sobrino de D. Fernando ⁴.

¹ Véanse los cap. 10 y 12 de la part. 1.

² Histoire du Royaume de Navarre, pp. 567, 570.—Aleson, Anales de Navarra, t. v, lib. 34, cap. 1. Diccionario geográfico-histórico de España, por la Real Academia de la Historia (Madrid, 1802), t. II, p. 117.

³ Aleson, Anales de Navarra, t. v, lib. 35, cap. 13.—Zurita, Anales, t. vi, lib. 9, cap. 54.—Sismondi, Histoire des Français, t. 15, p. 500.

⁴ Aleson, Anales de Navarra, ubi supra.

Por otra parte, Francia, que se veia sola y haciendo rostro á toda Europa, conoció que en tales circunstancias la alianza con el pequeño reino de Navarra era importante á su causa, y mas á la sazón, en que el proyecto de que se hablaba de que iba á ser invadida la Guiena por las fuerzas reunidas de España y de Inglaterra, hacia desear naturalmente á Luis XII asegurarse de la buena voluntad de un príncipe que podia decirse tenia la llave de los Pirineos, de la misma manera que el rey de Cerdeña tiene la de los Alpes. Con estas buenas disposiciones, los reyes de Navarra, á los principios de Mayo y poco despues de la batalla de Ravena, enviaron á Blois sus plenipotenciarios con plenas facultades para concluir un tratado de alianza y confederacion con el gobierno frances ⁵.

Mientras esto sucedia, á 8 de Junio, llegó una escuadra inglesa á Pasajes, en Guipúzcoa, que traia diez mil hombres de desembarco, á las órdenes de Thomas Grey, marqués de Dorset ⁶, para emprender juntamente con el ejército del rey D. Fernando la invasion de la Guiena. El del último, que constaba de dos mil y quinientos caballos, entre ligeros y de línea, seis mil infantes y veinte piezas de artillería, iba capitaneado por D. Fadrique de Toledo, el viejo duque de Alba, abuelo del general que escribió su nombre con indelebles caracteres de sangre sobre los Países-Bajos, en el reinado de Felipe II ⁷. Mas antes de hacer ningun movimiento, D. Fernando, que conocia las disposiciones equívocas de los reyes de Navarra, determinó repararse contra el daño que éstos podian causarle por la posicion que ocupa-

⁵ Dumont, Corps Diplomatique, t. IV, parte 1, p. 147.—Véase tambien la carta del rey á Deza, fecha en Burgos, á 20 de Julio de 1512, en Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 235.

⁶ Aleson, Anales de Navarra, t. v, pág. 245.—Herbert, Life and Reign of Henry VIII. (London, 1649), p. 20.—Holinshed, Chronicles, p. 568 (London, 1810).—Mariana, Hist. de España, t. IX, edicion de Valencia, p. 315.

Los editores de Valencia corrigen el testo, sustituyendo malamente *marqués de Dorchester*.

⁷ El jóven poeta Garcilaso de la Vega hace un brillante retrato de aquel duro y viejo caballero, en sus juveniles años, tal, que apenas lo podria concebir de él nuestra imaginacion en ninguna época de su vida.

“Otro Marte'n la guerra, en corte Febo. Mostrábase mancebo en las señales Del rostro, qu'erán tales, qu'esperança Y cierta confiança claro davan A cuantos le miravan; qu'él seria, En quien s'informaria un ser divino.”

Obras, ed. de Herrera, p. 505.

ban cualquiera que fuese el camino que tomara. En su consecuencia envió á pedirles paso por sus estados, exigiéndoles además que entregaran seis de las fortalezas principales á los sugetos de Navarra que les designase, como prenda de su neutralidad mientras durara la expedición. A esta modesta propuesta acompañó la alternativa de que en otro caso los reyes de Navarra se obligaran á entrar como partes en la Santa Liga, comprometiéndose Fernando, si así lo hacían, á restituirles ciertas plazas que se hallaban en su poder y que aquellos pretendían, y prometiéndoles que todas las fuerzas de la confederación los protegerían contra cualesquiera intentos hostiles de Francia⁸.

La situación de aquellos desgraciados príncipes era en extremo embarazosa: veíanse precisados á abandonar la neutralidad que por tanto tiempo y con tanto cuidado habían mantenido; y su elección, cualquiera que fuese el partido que tomaran, había de comprometer sus posesiones de una ú otra parte de los Pirineos, en cambio de la amistad de un aliado que la experiencia les había hecho conocer muchas veces que era tan peligroso siendo amigo como enemigo. Encerrados en este dilema, enviaron embajadores á Castilla para obtener alguna modificación de las condiciones, ó por lo menos para dilatar los tratos hasta que se hubiera concluido algún ajuste definitivo con Luis XII⁹.

Navarra contrae alianza con Francia.

A 17 de Julio firmaron sus plenipotenciarios en Blois un tratado con aquel monarca, por el cual Francia y Navarra convinieron en defenderse mutuamente, en caso de ser atacados, contra toda especie de enemigos. Por otra de sus cláusulas, dirigida claramente contra España, pactaron que ninguna de las dos naciones podría conceder paso por sus dominios á los enemigos de la otra; y por último, Navarra se obligó á declarar la guerra á los ingleses que se hallaban en Guipúzcoa, y á todos los que los auxiliaran¹⁰.

⁸ Lebrija, De Bello Navariensi, lib. 1, cap. 3.—Zurita, Anales, t. vi, lib. 10, cap. 4, 5.—Aleson, Anales de Navarra, t. v, lib. 35, cap. 17.—Pedro Mártir, Opus Epist., epístola 488.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., ubi supra.—Garibay, Compendio, t. II, lib. 29, cap. 25.—Sandoval, Hist. del Emp. Carlos V, t. I, p. 25.

⁹ Zurita, Anales, t. vi, lib. 10, cap. 7, 8.—Pedro Mártir, Opus Epistolarum, epist. 487.—Garibay, Compendio, t. III, lib. 29, cap. 25.

¹⁰ Dumont, Corps Diplomatique, t. IV, parte 1, núm. 69.—Carta del Rey á D. Diego Deza, en Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 235.

Por un accidente singular, Fernando llegó á saber las bases principales de aquel tratado antes que se firmara¹¹. Tenía en inacción su ejército en los cuarteles, junto á Vitoria, desde el desembarco de los ingleses; y viendo que no había esperanza alguna de sacar fruto de las negociaciones, el Rey Católico determinó adelantarse al golpe que le preparaban sus contrarios, y mandó á su general que invadiera y ocupara al instante el territorio de Navarra.

El duque de Alba cruzó las fronteras el día 21 de Julio, publicando que no se haría ningún daño á los que se sometieran voluntariamente, y el 23 llegó á la vista de Pamplona. El rey Juan, que en todo el tiempo de las negociaciones, en que había estado jugando con el león, no cuidó de prepararse para la defensa, había abandonado su capital, dejándola en libertad de componerse en los mejores términos que pudiera. El día siguiente, la ciudad, después de haber obtenido las seguridades de que serían respetados todos sus fueros y franquicias, se rindió: "circunstancia," esclama con devoción el rey D. Fernando, "en que vemos claramente la mano de nuestro adorado Salvador, cuya milagrosa intercesión se ha conocido visiblemente en toda esta empresa, que no ha tenido otro objeto que el bien de la Iglesia y la estirpación del cisma¹²."

Entretanto el rey desterrado llegó á Lumbier, donde pidió auxilio

¹¹ Un secretario confidencial del rey D. Juan de Navarra fué asesinado, estando durmiendo, por su manceba. Sus papeles, que contenían los puntos capitales del tratado proyectado con Francia, cayeron en manos de un clérigo de Pamplona, que fué inducido por la esperanza de un galardón á entregarlos al Rey Fernando. Así lo cuenta Mártir en una carta, de fecha de 18 de Julio de 1512 (Opus Epist., epist. 490). Su certeza se acredita por la conformidad de las condiciones propuestas con las del tratado que se firmó.

¹² Carta del rey á D. Diego Deza, Burgos, 16 de Julio, en Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 236.—Histoi-

re du Royaume de Navarre, pp. 620-627.—Abarca, Reyes de Aragon, t. II, rey 30, cap. 21.—Pedro Mártir, Opus Epist., epist. 495.—Aleson, Anales de Navarra, t. v, lib. 35, cap. 15.

Bernaldez insertó en su Crónica varias cartas del rey D. Fernando, escritas durante la guerra. Es extraño que viniendo de fuente tan principal no se hayan referido á ellas con mas frecuencia los escritores españoles. Iban dirigidas á su confesor Deza, arzobispo de Sevilla, con quien Bernaldez, cura de una parroquia de su diócesis, tenía cierta intimidad, como aparece de otras partes de su obra.

PARTE II. al duque de Longueville, que se hallaba acampado á la sazón con su ejército en la frontera del Norte para la defensa de Bayona. Pero el general francés estaba con mucho cuidado de los ingleses, que todavía permanecían en Guipúzcoa, para que pudiera disminuir sus fuerzas enviando una parte á Navarra; y aquel desgraciado rey, abandonado de sus súbditos y de su nuevo aliado, hubo de pasar á la otra parte de los montes, fijándose en Francia con su familia¹³.

Es conquistada. El duque de Alba no perdió tiempo en continuar las operaciones, aprovechándose de sus ventajas. Empezó publicando una proclama del Rey Católico, en que éste decía que su objeto era solo tener el país en su poder, como prenda de la pacífica disposición de sus reyes, hasta que se hubiera terminado la expedición que intentaba contra la Guiena. Y el general español encontró tan poca resistencia, cualquiera que fuese la causa, que en menos de quince días se enseñoreó de casi toda la parte alta de Navarra. Tan poco tiempo bastó para acabar con una monarquía que á despecho de todos los ataques y ardidés de sus enemigos había conservado ilesa su independencia, con pocas escepciones, por espacio de siete siglos¹⁴.

Carácter de Juan de Albret. Al examinar aquellos extraordinarios sucesos, nos sentimos inclinados á desconfiar de la capacidad y valor de un príncipe que tan fácilmente abandonó su reino, sin haber hecho el menor esfuerzo para su defensa. Juan había demostrado sin embargo en más de un caso, que no carecía de una ni otra de aquellas cualidades. Pero siempre es cierto que no tenía el genio y temple que se necesitaba para los tiempos revueltos y feroces en que vivió: era de condición afable y social, amigo de placeres, y tan poco celoso de la dignidad real, que con la mayor llaneza tomaba parte en los bailes y otras diversiones

13 Aleson, Anales de Navarra, t. v, lib. 35, cap. 15.—Histoire du Royaume de Navarre, p. 622.—Lebrija, De Bello Navariensi, lib. 1, cap. 4.—“Juan de Albret nacisteis,” dijo D^a Catalina á su desgraciado marido, al tiempo de huir de su reino, “y Juan de Albret moriréis. Si yo hubiera sido rey y vos reina, estaríamos aún en el trono de Navarra.” (Garibay, Compendio, t. III, lib. 29, cap.

26.) El padre Abarca considera este dicho como cuento de vieja, y á Garibay como vieja también porque le repite.—Reyes de Aragon, t. II, rey 30, cap. 21.

14 Manifiesto del rey D. Fernando, en Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 236.—Lebrija, De Bello Navariensi, lib. 1, cap. 5.—Garibay, Compendio t. III, lib. 29, cap. 26.

CAP. XXIII. de sus súbditos más ínfimos. Su mayor defecto consistía en la facilidad con que abandonaba los cuidados del gobierno á sus favoritos, que no eran siempre los que más lo merecían. Su mayor mérito fué el amor que profesaba á las letras¹⁵. Desgraciadamente, ni sus buenas cualidades ni las malas eran del género más á propósito para sacarle de la situación peligrosa en que se encontraba, ó ponerle en estado de contrarestar á su astuto y resuelto enemigo. Verdad es que ni aun con los talentos más grandes podía haber conseguido este objeto. Había llegado la época en que, por el orden regular de los sucesos, Navarra tenía que ceder su independencia á las dos grandes naciones que la ceñían por sus fronteras. No se podía dudar que éstas, atraídas por la posición natural de aquel reino y por su debilidad política, en un tiempo en que tenían ya apagadas sus discordias intestinas, pretenderían cada una por su parte la mitad que al parecer correspondía naturalmente á los límites de sus respectivos territorios. Sucesos particulares podían acelerar ó retardar este resultado, pero no había poder humano capaz de impedirlo.

Descontento de los ingleses. El rey D. Fernando, que previó la tormenta que venía amenazándole de parte de Francia, resolvió salirle al encuentro, y esto al punto, y mandó al general de sus tropas que cruzara los montes y ocupara los distritos de la baja Navarra. Esperaba que le ayudarían en esto los ingleses; pero se equivocó. El marqués de Dorset alegó que el tiempo empleado en la conquista de Navarra, había hecho perder la ocasión para la empresa contra la Guiena, territorio que se había puesto en el mejor estado de defensa: quejose altamente de que su rey había sido engañado por el Católico, el cual no había hecho más que servirse de aquel para hacer conquistas por su propia cuenta; y á despecho de todas las representaciones que se le hicieron, se volvió á embarcar con todas sus fuerzas sin esperar órdenes: “conducta,” dice D. Fernando en una de sus cartas, “que yo siento en extremo por la mancha que hace recaer en el honor del serenísimo rey mi yerno, y por la gloria de la nación inglesa, tan ilustre en los tiempos pasados por sus altas y caballerosas empresas¹⁶.”

15 Aleson, Anales de Navarra, t. v, lib. 35, cap. 2.—Histoire du Royaume de Navarre, pp. 603, 604.

16 Véase la tercera carta del rey á Deza, fecha en Logroño á 12 de Noviembre, en Bernaldez, Reyes Católi-

PARTE II.
Los franceses
batidos.

El duque de Alba, viéndose solo por este abandono, no pudo resistir á los franceses mandados por Longueville, y ademas reforzados por un cuerpo de tropas veteranas que habian vuelto de Italia con el valiente La Paliza. Con dificultad pudo escapar de ser cogido en medio de los dos ejércitos, y solo por algunas horas pudo anticiparse á las operaciones de La Paliza, consiguiendo retirarse por el paso de Roncesvalles y entrar en Pamplona¹⁷. Allí le siguió con toda presteza el general frances, acompañado de Juan de Albret, y el 27 de Noviembre los sitiadores dieron un asalto desesperado, aunque impotente, contra la ciudad, repitiéndole con la misma adversa fortuna en los dos dias siguientes. El ejército sitiador se vió luego estrechado por falta de bastimentos, y finalmente, despues de un cerco de algunas semanas, como recibieran los franceses noticia de que venian refuerzos á los sitiados, al mando del duque de Nájera¹⁸, levantaron el campo y se retiraron cruzando los montes. Con ellos se eclipsó el último rayo de esperanza de que fuera restablecido en su trono el desgraciado monarca de Navarra¹⁹. A 1.º de Abril del siguiente año de

Tratado de Orthez.

cos, MS., cap. 236.—Mariana, Hist. de España, lib. 30, cap. 12.—Lebrija, De Bello Navariensi, lib. 1, cap. 7.—Pedro Mártir, Opus Epist., epist. 499.—Herbert, Life of Henry VIII, p. 24.—Holinshed, Chronicles, p. 571.

¹⁷ Garcilaso de la Vega alude á estas expediciones militares del duque, en su égloga 2ª

“Con mas ilustre nombre los arneses
De los fieros franceses abollava.”

Obras, ed. de Herrera, p. 505.

¹⁸ Era tal el poder del viejo duque de Nájera, que en esta ocasion puso en campaña 1.000 caballos y 3.000 infantes, levantados y equipados en sus estados. Pedro Mártir, Opus Epist., epist. 507.

¹⁹ Mémoires de Bayard, chap. 55, 56.—Fleurange, Mémoires, chap. 33.—Lebrija, De Bello Navariensi, lib. 1, cap. 8, 9.—Abarca, Reyes de Aragon,

t. II, rey 30, cap. 21.—Carbajal, Anales, MS., año 1512.

D. Juan y Dª Catalina de Albret pasaron el resto de sus dias en los territorios que poseian á la parte de los Pirineos de Francia. Hicieron despues otro esfuerzo, aunque vano é ineficaz, para recobrar sus dominios, durante la regencia del cardenal Cisneros (Carbajal, Anales, MS., cap. 12). Abatidos de ánimo, fueron perdiendo progresivamente la salud, y ninguno de ellos sobrevivió mucho tiempo á la pérdida de su corona. Juan falleció á 23 de Junio de 1517, y Dª Catalina le siguió al sepulcro el dia 12 de Febrero del siguiente año; teniendo á lo menos la suerte de que, así como la desgracia no pudo separarlos en vida, así tampoco se vieron alejados uno de otro mucho tiempo por la muerte (Histoire du Royaume de Navarre, p. 643.—Aleson, Ana-

1513, D. Fernando asentó con Luis XII una tregua que habia de comprender sus respectivos territorios de la parte de Occidente de los Alpes: duró un año, y á su conclusion fué renovada por otro tanto tiempo²⁰. Este tratado, por el cual Luis sacrificó los intereses de su aliado el rey de Navarra, daba á Fernando holgura abundante para afianzar y fortificar sus nuevas conquistas, al paso que dejaba abierta la guerra en otros países, donde el rey de España sabia muy bien que habia otros mas interesados que él mismo en proseguirla con vigor. Es preciso convenir en que aquel tratado admite mas defensa considerándole bajo el aspecto de la política, que mirándole por el lado de la buena fe²¹. Los aliados clamaron altamente contra la alevosía de su confederado, que con tan poco escrúpulo sacrificaba los intereses comunes, librando á la Francia de la poderosa diversion que se le hacia por las fronteras occidentales. No se puede justificar una mala accion porque los demas hayan cometido otras semejantes; pero ciertamente los que las perpetran (y ninguno de los aliados es-

CAP. XXIII.

1513.

les de Navarra, t. v, lib. 35, cap. 20, 21). Sus cuerpos yacen juntos en la iglesia catedral de Lescaur, en sus estados de Bearne; y los historiadores españoles mencionan justamente su suerte como uno de los ejemplos mas señalados del terrible decreto por el cual los pecados de los padres son castigados en los hijos hasta la tercera y cuarta generacion.

²⁰ Flassan, Diplomatie Française, t. I, p. 295.—Rimes, Fœdera, t. XIII, pp. 350-352.—Guicciardini, Istoria, t. VI, lib. 11, p. 82; lib. 12, p. 168.—Mariana, Hist. de España, lib. 30, cap. 22.—“Fu cosa ridicola” dice Guicciardini, con referencia á esta tregua, “che nei medesimi giorni, che la si bandiva solennemente per tutta la Spagna, venne un araldo á significargli in nome del Re d’Inghilterra gli apparati potentissimi, che ei faceva per assaltare la Francia, e a sollecitare che egli medesimamente mo-

vesse, secondo che aveva promesso, la guerra dalla parte di Spagna.” Istoria, t. VI, lib. 12, p. 84.

²¹ Francesco Vettori, embajador florentino en la corte pontificia, escribia á Maquiavelo que habia estado sin poder dormir dos horas aquella noche, pensando en los motivos verdaderos que habria tenido el Rey Católico para hacer esta tregua, la cual, mirada solamente á los ojos de la política, la condenaba absolutamente. Con este motivo hacia varias predicciones acerca de las consecuencias que era natural se siguieran de ello. Pero semejantes consecuencias no se verificaron nunca, y este no cumplimiento de sus predicciones se puede considerar como la mejor refutacion de las razones en que se fundaba. Machiavelli, Opere, Lett. famigl. Aprile 21, 1513.